

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 161. — La reorganización del ejército, por B. pág. 164. — ¡Cómo decaen los pueblos! (continuación), por Luis Trucharte y Villanueva, página 166. — Reseña histórica de los hechos del Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba (conclusión), por don Federico Pita y Espe- losin, teniente de infantería; pág. 171. — Sección Bibliográfica: Las modernas baterías de montaña. (Consideraciones sobre el tiro rápido), por don Vicente Rodríguez Carril, capitán de Artillería, pág. 175. — Lecciones de Artillería, ex- plicadas en la escuela Superior de Guerra; por el coronel graduado, teniente coronel de ingenieros. don Joaquín de la Llave y García, pág. 176.

Plegos 55 y 56 del tomo II del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii: TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO; plegos 11 y 12. Tra- ducción y ampliación, por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

CRONICA GENERAL

ARQUEO NECESARIO. — LOS LÍMITES REALES DE LA NACIÓN ESPAÑOLA. — TERRITO- rios abandonados y territorios ignorados. — COMO SE SALVA UN DILEMA. — LA REVUE MILITAIRE DE L'ÉTRANGER Y LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA. — NUESTRAS PORFIADAS CONTIENDAS CON FRANCIA. — LO QUE SE NOS DICE HOY.

Parece que la primera ocupación del que, habiendo sufrido gran quebranto en sus intereses, quiere poner en orden sus asuntos, ha de consistir en hacer un arqueo de sus recursos, con el fin de sacar partido de las cosas aprovechables, deshacerse de las inútiles y perjudiciales, y utilizar, en fin, los restos del pasado esplendor para arreglar la nueva vida al patrón nuevo, á las exigencias de la realidad presente, substituidas á las exigencias de la realidad pasada.

España ha perdido inmensos y ricos territorios, precisamente por esta razón de no haber hecho jamas *arqueo* de sus posesiones: han creído perpetuamente nuestros hombres de estado (así se llaman ellos) que la vida nacional era la arti- ficiosa vida de la corte; que España terminaba poco más allá de los últimos edificios madrileños; que, fuera de lo que pensaban y hallaban los políticos en los salones de sus casinos ó de sus parlamentos, ya no había para qué preocu- parse de lo que se hablaba, decía ó pensaba en el resto del territorio patrio... y que sólo había que enterarse de que la nación tenía miembros, cuando éstos, cangrenados, requerían tristísima cura ú horrible amputación.

¿Cree el lector que exageramos? Vamos á hacer un ligero analisis, para ver si la exageración es *positiva* ó, por el contrario, *negativa*; y para demostrar que rebajamos más bien la dureza de los juicios que este asunto merece. Hemos perdido gran parte del territorio patrio, y, como gran cosa, *empezamos* á pre- ocuparnos de que existen las Baleares y las Canarias, archipiélagos de que la mayoría de los españoles tenemos una noción vaga, poco definida, no mucho más completa que la que tenemos de las Islas Filipinas. Y, fuera de las Baleares

y de Canarias, ya no sabemos ni una palabra del resto de la nación, lo cual quiere decir que prescindimos y echamos al saco de las cosas inútiles:

1.º Las posesiones del Norte del Africa, en las cuales nuestro asqueroso, repugnante, abandono, ha hecho imposible ver terminado en buenas condiciones el puerto de Ceuta, sin empezar el de Chafarinas, y sin haber puesto ni una piedra en el de Melilla. La conclusión de estos puertos, y un poco de sentido común bastarían para que España pudiera explotar, sin dominarlos, inmensos territorios de Marruecos. Hoy, por el contrario, esas posesiones no hacen más que sangrar inútilmente el presupuesto.

2.º Los territorios enormes sobre que España ejerce su *protectorado* (!!!...) en la costa Noroeste del continente africano. Esos territorios casi igual extensión superficial que los que hemos perdido en América. Ahora bien, ¿creen firmemente nuestros lectores que, quien debe saberlo, sabe algo de esos territorios? ¿Es que no valen nada? Pues entonces, cederlos, regalarlos cuanto antes? ¿Es que valen? pues utilizarlos, explotarlos hacerlos entrar en la vida de la nación. Da verdaderamente vergüenza, subleva la sangre, hace vibrar todas las fibras del hombre más flemático, contemplar como los mapas extranjeros consideran como territorios españoles, y como tales son respetados en el actual reparto del Africa, países que nosotros tenemos tan completo y absolutamente abandonados que llegamos á ignorar hasta su existencia. ¡Basta ya de comedia de soberanía! ¡Basta ya de ridícula política menuda, y acordémonos de que el sentimiento del patriotismo no es una palabra vana, de que la nación tiene alguna más vida que la vida de los cabileos y de las zancadillas!

3.º Las posesiones del golfo de Guinea, á las cuales casi puede aplicarse lo que acabamos de decir de las regiones del Sahara.

Deshacernos de estos territorios y de los que conservamos en Oceanía ó sacar partido de ellos es un dilema que se presenta á los gobernantes. Dilema que no impedirá al sutil ingenio español hallarle otra tercera solución, más *práctica*, mas adecuada á nuestro modo de ser: que sigan las cosas como están, é ir viviendo.

* * *

Terminamos la *crónica* anterior hablando de una acreditada publicación militar española, y hoy hemos de dedicar algunas líneas á una no menos acreditada revista francesa, que acaba de introducir reforma importante en su composición. *La Revue militaire de l'étranger* ha empezado á ver la luz, á partir del número de abril, con doble tamaño que el que de ordinario tenía, dedicando la segunda mitad de su volumen á la inserción de documentos militares de indudable valor histórico. Esta sección, que titula *Archives historiques*, permitirá que lleguen á manos de los eruditos documentos llenos del mayor interés, reproducción de los que existen cuidadosamente guardados en los antiguo y moderno archivos del ministerio de la guerra de la vecina república. Materia para dar la mayor variedad á esta nueva publicación no ha de faltar; pues, según tenemos entendido, hay en los citados archivos más de *sesenta mil* carpetas atestadas de cartas, diarios de operaciones, relatos de episodios, etc., etc., que constituyen un verdadero tesoro.

La nueva división de la *Revue militaire de l'étranger* estará, según creemos,

á cargo del ilustrado coronel Krebs, director de la «Sección histórica» del ministerio de la guerra francés.

El primer número contiene, en los *Archives historiques*, un erudito trabajo sobre el *Origen de las grandes maniobras*, detallando lo relativo á los *Campos de instrucción* en los siglos xvii y xviii; una reseña de los *Historiógrafos militares en los ejércitos*, empezando por el ejército del Rin y Mosela en la campaña de 1796; y, finalmente, el *orden de batalla* (cuadro orgánico) del ejército del Rin (1870-1871), con los nombres de los generales y oficiales que desempeñaban los distintos cargos.

Aparte del valor que la nueva publicación ha de tener para el progreso general de la historia militar, nuestros historiadores han de sacar evidente partido de los trabajos que publique la *Revue militaire de l'étranger* para ilustrar la historia militar de España, ya citándolos en apoyo de opiniones propias, ya combatiéndolos con datos ciertos si aquéllos contuvieran errores al tratar de las cosas que á nuestro país se refieran. Porque, no hay que olvidarlo, quien quiera que haga historia militar de Francia no puede dejar de tratar de la historia militar de España, pues difícilmente habrá dos pueblos en la tierra que con más perseverancia, con más tenacidad se hayan combatido en todos los posibles teatros de operaciones. Parece que desde el momento en que se realizó la unidad española, quedando por los cristianos el reino de Granada y su capital, los franceses pasaron á ocupar el papel de constantes enemigos nuestros: guerra con Francia fué la de Navarra, en los comienzos del siglo xvi, cuando el monarca francés auxiliaba á Juan de Albret y el duque de Alba se apoderaba del reino para incompararlo definitivamente á España; y guerra con Francia fueron las campañas para arrojar á los soldados franceses de esta misma región y para arrojarlos de la Lombardía, hasta llegar á término tan glorioso para nosotros como la batalla de Pavía, en que vencimos y nos apoderamos de Francisco I; y guerras de Francia fueron las sostenidas en ese mismo siglo xvi, y contra el mismo rey Francisco I, aliado con todos los soberanos disponibles para mantener viva la patria francesa, única que se sostiene incólume ante la dominación universal, casi lograda por el gran rey emperador Carlos. Y fueron también guerras con Francia muchos períodos de las guerras de Flandes, cuyos rebeldes caudillos no dejaban de buscar el apoyo de los soberanos franceses para liberarse de la dominación española. Y en el siglo xxii peleamos igualmente contra nuestros vecinos, por causa de estas mismas alteraciones de Flandes, y por causa de la Valtelina, y por causa de Mantua, y por todas las causas imaginables, viendo á generales franceses como Turenna y Condé luchar con y contra los españoles con pasmosa versatilidad. Y guerreamos con Francia formando parte de todas las ligas organizadas contra Luis XIV; y luchas en que intervinieron los franceses fueron las motivadas, por la sucesión de Carlos II, y las de la *Cudruple alianza* formada en el primer cuarto del siglo xviii; y luchamos durante el reinado de Carlos IV en la famosa campaña de Rosellón, y luchamos en fin con ella durante las guerras napoleónicas escribiendo la epopeya de la Independencia nacional.

Ningún abismo de odio ha quedado entre los dos pueblos á consecuencia de tanta lucha; pues, al contrario, hay entre los dos países verdaderos lazos de amistad. Esta amistad no puede ser una alianza, porque nuestra decadencia nos

ha llevado á término tan fatal, que, ni para luchar con naciones poderosas en el campo de batalla, ni para ofrecerlas al concurso de un ejército bien organizado, servimos ya. Nuestros hombres grandes no le dicen al cadáver que se levante de la tumba; le dicen nada más que se arroje en el sudario, y que se pudra y consuma. Y así, pudriéndonos, hemos de contentarnos con leer la historia de lo que fuimos, y en la *Revue militaire de l'étranger* hemos de hallar, seguramente, trazas indelebles de antigua gloria, único bien que nos queda ya.

NIEMAND.

2 de Junio de 1899.

LA REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

II

Si las naciones pudieran recurrir, como en épocas anteriores, á los ejércitos mercenarios, resultaría posible que, careciendo aquéllas de espíritu militar, éstos lo tuvieran en alto grado. Aníbal, al frente de un ejército formado en su mayoría por españoles y númidas, fué el terror de Roma, y, sin embargo, Cartago carecía por completo de espíritu militar. La composición de los ejércitos actuales, exclusivamente nacional, les da el carácter de la raza que los forma, y claro es que las virtudes y defectos de éste se reflejarán siempre en aquéllos. Por esto, el problema de la organización militar es, ante todo una cuestión psicológica, y sólo puede resolverse acertadamente con el conocimiento del *alma nacional*, que, si bien durante largos períodos conserva en cada pueblo sus cualidades esenciales, el tiempo introduce en ella modificaciones que, á veces, ejercen considerable influencia.

Importa, pues, fijarse en las condiciones que hoy caracterizan á las llamadas clases directoras, ya que ellas deben ser el plantel de la oficialidad, á fin de poder, por medio de una educación militar adecuada, fomentar las buenas cualidades de cada pueblo y atenuar las malas ó medianas. Por desgracia, los sentimientos que hoy dominan la clase media no son los más propios ni para formar individuos dotados de espíritu militar, ni siquiera para sostener un ambiente en que pueda desarrollarse.

Sin necesidad de recordar épocas remotas, y con solo volver la vista á principios del siglo actual, es fácil explicar por qué el espíritu militar ha decaído visiblemente en el transcurso de algunos años. En primer lugar, eran muchos los individuos de la aristocracia que ingresaban en la carrera de las armas, á la cual daban prestigio, llevando ya la mayor parte de ellos por tradición y por educación, muy diferente entonces de la actual, el germen que, convenientemente cultivado, es origen de las virtudes militares. El General Córdova dice en sus *Memorias íntimas*, entre otras muchas cosas que merecen ser estudiadas y meditadas por los que á asuntos militares se dedican, lo que sigue:

«La Guardia Real, en efecto, habíase formado con oficiales por lo general de poca edad, servicios y merecimientos; pero todos pertenecientes á familias distinguidas, animados de un noble espíritu militar y llenos de entusiasmo, con los que consiguieron formar los mejores regimientos que jamás ha tenido el

ejército español y que fueron después su orgullo y su gloria. La oficialidad era además instruída y cumplía sus deberes con una emulación establecida entre ellos, por el sistema de exámenes anuales y prácticos, á que le sujetaba el Conde de España, que fué el general que la organizó y estableció con tanto éxito. Dió la Guardia muchos ilustres generales y distinguidos jefes, que sirvieron tanto en el ejército de la Reina como en el de Don Carlos, y puedo asegurar, con una lista de ellos que poseo, en que se hace constar la suerte de cada uno, que la mitad lo menos sucumbieron en el campo de batalla.»

En segundo lugar, los hijos de los militares seguían con frecuencia la carrera de las armas, estimulados por sus mismos padres, que la abrazaron ya con vocación, y muchos apellidos han figurado en el ejército durante tres ó cuatro generaciones. Constitufan estas familias como una casta en que, por herencia y educación, se había ya formado el espíritu militar, y sus individuos, al ingresar en el ejército, lo hacían casi siempre con entusiasmo. Muchos de ellos recibían la educación militar en los regimientos en clase de cadetes, y si bien no cosechaban gran ciencia, entonces no tan necesaria como ahora, en cambio aprendían á conocer el soldado desde jóvenes y adquirían cierto buen sentido y dotes de mando que, en muchas ocasiones, reemplazan con ventaja á los vanos alardes de ciencia, que frecuentemente solo sirven para fomentar infundadas pretensiones.

Completaban este cuadro, algunos oficiales procedentes de la clase de tropa, y si bien es cierto que la mayoría de ellos, que habían ganado la charretera ó la estrella sólo por méritos de guerra, no habiendo perdido su primitiva rudeza, carecían de la educación é instrucción necesarias para desempeñar su cometido, algunos, aunque pocos, procedentes de clases más elevadas y no desprovistos por consiguiente de la cultura que á los otros faltaba, adquirían también al pasar por las filas, sirviendo como simples soldados, y después como cabos y sargentos, el espíritu práctico tan útil para cuantos han de desempeñar en la vida funciones activas.

Eran entonces menores las necesidades, más modestas las aspiraciones, más respetada la educación, mayor el prestigio que gozaban las carreras del Estado, y aun no constituían la riqueza y el bienestar material las aspiraciones casi exclusivas de todas las clases sociales. Por esto y con los elementos antes citados, era fácil encontrar buen número de oficiales con excelente espíritu militar que, desgraciadamente, sólo pudo lucir en discordias civiles; pero que, mejor empleado, hubiese dado en España y en el extranjero más alto concepto del ejército, siendo de ello pruebas fehacientes el resultado de la guerra de Africa y de las expediciones á Italia, Portugal, Méjico y Conchinchina.

Pero los tiempos varían y con ellos las costumbres, las ideas y los sentimientos, y la evolución que en pocos años ha sufrido la sociedad no es la más propia para el cultivo del espíritu militar. Del estado actual de ideas y sentimientos hace el psicólogo francés Le Bon la siguiente fotografía (1):

«Dejando á un lado las causas, para estudiar los efectos, hay que reconocer

(1) *Lois psychologiques de l'évolution des peuples par Gustave Le Bon. — 2^e édition Paris, 1895.*

que una visible decadencia amenaza seriamente la vitalidad de la mayoría de las grandes naciones europeas y particularmente las llamadas latinas, y que lo son en realidad, si no por su sangre, por su educación y por las tradiciones. Cada día pierden iniciativa, energía, voluntad y aptitud para la acción. La satisfacción de necesidades materiales, siempre crecientes, tiende a ser su único ideal. La familia se descompone, los resortes sociales se aflojan. El descontento y el malestar se apoderan de todas las clases, desde las más ricas hasta las más pobres. Semejante a un navío que perdida la brújula es juguete de los vientos, el hombre moderno marcha entregado al azar, por los espacios que antes poblaban los dioses y que la ciencia ha dejado desiertos. Ha perdido a un tiempo la fe y la esperanza. La muchedumbre, impresionable y voluble con exceso, sin barreras que la contengan, parece condenada a oscilar entre la más furiosa anarquía y el más oneroso despotismo. Se la mueve con palabras, pero sus divinidades, que sólo duran un día, se convierten en víctimas al siguiente. En apariencia apetece con ardor la libertad, en realidad la rechaza y pide al Estado que forje sus cadenas. Obedece ciegamente a los más oscuros sectarios, a los más insignificantes déspotas. Los retóricos, que creen conducir las masas, y que casi siempre son arrastrados por ellas, confunden la impaciencia y la nervosidad que las lleva a cambiar de dueño, con el espíritu de independencia, que no admite ninguno. El Estado, cualquiera que sea el régimen nominal, es la divinidad hacia la cual se dirigen todos los partidos. Se le pide una reglamentación y una protección cada día más pesadas, que envuelven todos los actos de la vida en formalidades bizantinas y tiránicas. La juventud renuncia cada vez más a las carreras que exigen sano juicio, iniciativa, energía, esfuerzos personales y voluntad. Las menores responsabilidades la atemorizan. El mediano horizonte de los empleos a sueldo del Estado le basta. Los comerciantes ignoran el camino de las colonias, y éstas sólo se hallan pobladas por empleados. La energía y la acción en los hombres de Estado cede el puesto a discusiones personales, enteramente huera, en las multitudes a entusiasmos ó cóleras de un día, en la gente de letras a un sentimentalismo llorón impotente y vago, y a insulsas disertaciones acerca de las miserias de la existencia. Las conciencias capitulan, la moralidad general baja y lentamente desaparece. El hombre pierde el dominio de sí mismo y el que no sabe dominarse, está condenado a caer bajo el dominio de los demás.»

Impedir que el descenso de nivel moral de un pueblo influya en los organismos que engendra, es tarea difícil, y por esto reputamos tal la de llevar a cabo la reorganización de nuestro ejército, víctima de multitud de dolencias que sucesivamente iremos exponiendo.—B.

¡COMO DECAEN LOS PUEBLOS!

(Continuación.)

Con el ejemplo de la emancipación del dominio de Inglaterra, dado por los Estados Unidos, se proclamó en 1810 la independencia de Méjico, Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y San Salvador; en 1813 la del Paraguay y el

Uruguay; en 1818 la del Perú; en 1819 Venezuela, Nueva Granada y Ecuador constituyeron la república de Colombia; en 1815 se hicieron independientes Chile y Bolivia, y de esta suerte fué perdiendo España todas sus inmensas posesiones de Indias, hasta el punto de quedar éstas reducidas á las islas de Cuba y Puerto Rico en América, Fernando Póo, Corisco y Annobón en Africa y las Filipinas, Marianas y Carolinas en Oceanía.

Durante la minoría de Isabel II, la guerra civil de los siete años promovida por Don Carlos, hermano de Fernando VII, que ensangrentó el suelo de la Península, especialmente en las Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia, y las frecuentes conspiraciones, así como los *pronunciamientos*, palabra genuinamente española que llegó á enriquecer los vocabularios extranjeros, contri- buyeron á sumir más y más esta desdichada nación en el estado de abatimiento en que ya se hallaba. Los principales alzamientos fueron el de 1840, que quitó la regencia á María Cristina, viuda de Fernando VII, para dársela al general Espartero; el de 1843, que derribó á éste y declaró mayor de edad á Isabel II; el de 1854, que devolvió el poder á Espartero con el partido liberal; la contra-revolución de 1856, que se lo dió al general O'Donnell, etc.

La gloriosa, cuanto estéril guerra de Africa dirigida por este general en 1859-60 y el bombardeo del Callao en 2 de mayo de 1866 por nuestra escuadra al mando de Méndez Núñez, dieron á la abatida España fugaz esplendor y justos lauros á su ejército y marina. Parecía entonces que iba á empezar para nuestra desgraciada patria la era de su reconstitución; pero el levantamiento del general Prim en 22 de junio del último citado año y la revolución de septiembre de 1868 dirigida por los generales Prim, Serrano y Topete, que dió por resultado el destronamiento de Isabel II y la formación de un gobierno provisional, que convocó cortes constituyentes, de las cuales salió la constitución de 1869, convirtieron en amarga decepción las ilusiones forjadas, pues la masa ignorante del pueblo español no supo apreciar en su debida significación las libertades conquistadas y se entregó á lamentables excesos, siendo las sublevaciones y motines el pan de cada día. En 1869 se dió en Yara (Cuba), el primer grito de insurrección, la cual duró nueve años, consumiendo en ella la amada patria tesoros de sangre y dinero. En 1871 fué elegido rey de España Don Amadeo de Saboya, hijo de Víctor Manuel rey de Italia, y se vió obligado á abdicar en 1873, considerándonos ingobernables. En su consecuencia se formó un gobierno republicano, que en dicho año, de funesta memoria nos trajo la anarquía, y el cantonalismo, la insubordinación del ejército, la pérdida de nuestro crédito y nos puso al borde de la bancarrota, pareciendo que España iba á desaparecer, como nación, del mapa de Europa.

Ya desde 1872 volvió encenderse la guerra civil por Don Carlos y sus partidarios y el suelo español se vió de nuevo ensangrentado en el Norte, en Cataluña y en el Centro; pero afortunadamente en 1874 fué proclamado rey de España Don Alfonso XII, hijo de Isabel II, el cual en 1876 puso término á la guerra civil de la Península y en 1878 á la de Cuba, adquiriendo con justicia el título de Pacificador, y promulgando la constitución que actualmente nos rige.

Con la restauración se inauguró un período de paz que ha durado 17 años y que ha sido el más largo que se ha conocido en España en el presente siglo. Durante este feliz período renació nuestro crédito, se restableció la disciplina y

se reorganizó el ejército, se fomentó la marina, las obras públicas tuvieron notable incremento, adquirieron gran desarrollo las artes, la industria y el comercio; y todo parecía indicar que había terminado la era de nuestras desdichas y que España entraba en plena época de renacimiento. Pero aun no había sonado en el reloj del destino de las naciones la hora tan deseada de nuestra regeneración y en 25 de noviembre de 1885, tristísima fecha, que debe señalarse con piedra negra, tuvo España la inmensa desgracia de perder á su joven é ilustrado monarca, que se malogró en la flor de su juventud, y en quien toda la nación fundaba sus esperanzas. Su viuda Doña María Cristina se encargó del gobierno, como Regenta del reino, en nombre de su augusto hijo Don Alfonso XIII, nacido cinco meses después de la muerte de su padre, y con sus virtudes, prudencia y exquisito tacto político es modelo de reinas constitucionales.

Pero los desaciertos de los ministros de los partidos que alternativamente ocuparon el poder y las contraproducentes economías introducidas en el ramo de guerra, así como la desdichada gestión en el de marina, contribuyeron á que, cuando en 1893 tuvimos que apoyar con las armas una reclamación al imperio de Marruecos, no estuviese España debidamente preparada, y aunque obtuvo la reparación á que tenía derecho, no correspondió su actitud á su gloriosa historia. En 1895, merced á reformas poco meditadas é introducidas en nuestras provincias ultramarinas de América, se renovó en Cuba la insurrección, dándose el primer grito en el Bayre, propagándose como un devastador incendio de uno á otro extremo de la isla. En vista del gravísimo carácter que aquella ofrecía y del rápido incremento que tomaba, se alarmó el espíritu público y España dió entonces al mundo entero muestras de las energías que este pueblo conserva para cuando se trata de defender la integridad nacional. Merced á las acertadas disposiciones de un ministro de la guerra eminentemente organizador y á su actividad infatigable, se trasladaron en breve plazo 200.000 hombres al otro lado del Atlántico, llenando de asombro á todas las naciones, pues expedición tan numerosa, que haya atravesado los mares, no se registra igual en los anales de la historia. Este pueblo heroico hizo sacrificios inmensos en hombres y dinero, agotando sus escasos recursos; pero de nada sirvieron el heroísmo de su ejército, ni los rasgos sublimes de valor y abnegación que en él registraron. Todo se estrelló ante la tenacidad de un enemigo cobarde y alevoso, que no se batía sino cuando tenía enorme superioridad numérica y que apelaba á emboscadas, á que tanto se prestan aquellas impenetrables y enmarañadas selvas. Esto, unido al auxilio prestado al enemigo por una nación próxima y poderosa, que desde principios de siglo tenía puestas sus ambiciosas miras sobre nuestras ricas colonias americanas, y al mortífero clima que con sus enfermedades diezaba á nuestro ejército, contribuyó á que resultaran estériles tantos sacrificios. La autonomía concedida á Cuba y Puerto Rico apresuró el desenlace de tan funesta guerra, dando lugar á la intervención de los Estados Unidos, que ostensiblemente se pusieron de parte de los insurrectos y sólo buscaban un pretexto para declararnos la guerra. Este, lo encontraron en la casual voladura del *Maine*, buque de guerra de dicha nación anclado en la bahía de la Habana, y en que España no podía sin mengua de su dignidad, acceder á sus cada vez más inicuas exigencias. Establecieron un riguroso bloqueo de toda la isla, atropellaron todas las leyes internacionales, apresando buques mercantes de nuestra nación, antes de la de-

claración de guerra, enviaron parte de su escuadra á Filipinas con el villano propósito de ayudar á los tagalos, que á ejemplo de los cubanos se habían insurreccionado contra la metrópoli, destruyeron la escuadra que allí teníamos, compuesta de viejos buques de madera, usando proyectiles incendiarios, proscritos por las leyes de la guerra, y como ésta era marítima y nuestra débil escuadra no podía hacer frente con ventaja á la suya numerosa y compuesta de poderosos y grandes buques acorazados, se vió obligada, burlando el bloqueo, á refugiarse en el puerto de Santiago de Cuba, de donde tuvo la temeridad de salir á pesar de ser tan inferior el número y calidad á la norteamericana, esperándola ésta y destruyéndola completamente.

Reducida España á la impotencia por la pérdida de su escuadra, y aislado el ejército, que en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, defendía la integridad nacional pues la falta de aquélla impedía proveerle de víveres y municiones, no podía éste sostenerse mucho tiempo. Sin embargo, cuando los norteamericanos desembarcaron en las inmediaciones de Santiago de Cuba, el soldado español demostró que era siempre el mismo, tan sufrido, tan valiente, y supo batirse denodadamente con fuerzas muy superiores en número, causándoles muchas bajas. Entonces conoció nuestro poderoso enemigo que en tierra no obtendría tan fáciles victorias como en el mar, y que á viva fuerza no le hubiera sido posible apoderarse del territorio de nuestras colonias, si el ejército español hubiese recibido orden de defenderlo á todo trance, en vez de capitular. Pero el aislamiento á que quedaba reducido y el temor á que la escuadra enemiga viniese á atacar nuestras costas indefensas y cayesen en su poder islas tan codiciadas como las Canarias, obligó á nuestro gobierno á pedir la paz. Aprovechándose la nación norteamericana de la triste situación de España, y ajena á todo sentimiento noble y generoso, supo sacar de ella todo el partido posible y nos despojó inicuaamente de Cuba, Puerto Rico y Filipinas y de la mayor de las Marianas, exigiendo la evacuación de las Antillas por nuestro ejército en breve plazo, á la faz de las grandes potencias europeas, que con su actitud egoísta é indiferente sancionaron tan inicuo despojo, prevaleciendo á fines del siglo de las luces y de la civilización la ley del fuerte, como en los tiempos de la barbarie. A consecuencia de tan vergozoso tratado, un ejército aguerrido, numeroso y disciplinado tuvo que abandonar nuestras posesiones ultramarinas sin haber medido sus armas con el enemigo.

A tan triste situación nos han conducido los errores de nuestros gobiernos, que no atendieron, como debían, á poner en estado de defensa nuestras costas y á dotar á nuestra marina de los poderosos elementos de combate con que cuentan otras naciones, sino á las mezquinas luchas políticas, causa principal de nuestra decadencia. El año 1898 será de funesta é imperecedera memoria.

Sin embargo, no podemos menos de reconocer, y en esto demuestra este noble pueblo su vitalidad, que, á pesar de nuestras luchas intestinas, desde mediados del siglo actual adquirieron desarrollo el comercio y la industria, recibieron grande impulso las obras públicas y se dió principio á la construcción de carreteras y ferrocarriles que, si bien no llegan á satisfacer por completo las exigencias cada vez más crecientes del comercio, no está lejano el día en que España pueda llegar en este ramo á la altura de otras naciones más afortunadas. De las bellas artes la que más sobresale entre nosotros, de algunos años á esta parte, es la pintura, en la que han adquirido justa fama reputados maestros. En

cuanto á las letras ¡qué hemos de decir de nuestra literatura sino que se halla en creciente decadencia, especialmente la lírica y la dramática! Nuestro hermoso y riquísimo idioma ha llegado á admitir tal número de galicismos, que Cervantes lo desconocería, si volviese al mundo.

El descubrimiento de América, hizo nacer en nosotros el afán de buscar lejos la riqueza que pudiéramos hallar en nuestro suelo, y semejantes á un noble que derrocha su fortuna en países remotos, mientras deja arruinarse la casa solariega, hemos fecundado medio mundo, fortificado lejanos puestos y gastado las energías de nuestra vigorosa raza en criar hijos ingratos que se gozan en el aniquilamiento y en la pobreza de su madre patria, mientras nuestros campos quedan infecundos y despoblados; indefensas nuestras costas y arruinada nuestra hacienda. Producto de este error de los errores ha sido el acostumbrarnos á vivir de ilusiones y á perder todo sentido práctico, viniendo á aumentar nuestro lamentable estado el esfuerzo de tres generaciones consumido en conquistar y constituir las libertades públicas, sacrificando su vida en sangrientas contiendas civiles unos, apoyando sus bríos en la prensa y en la tribuna otros, sin que la bizarría de los primeros, el brillante estilo y la arrebatadora elocuencia de los segundos hayan contribuído en lo más mínimo al verdadero y positivo crecimienio nacional, hasta que una dolorosa experiencia nos ha hecho comprender que no hemos de buscar nuestra reconstitución en elementos importados de lejanos países, sino que la base de la riqueza pública y la fuente de nuestro poderío, las tenemos en nuestro propio suelo y á nuestro alcance. Así se han hecho fuertes y ricos pueblos antes débiles y pobres. Así se levantó Francia de la postración que la produjo el gran desastre de 1870, consagrando toda su atención y desvelo al acrecentamiento y vigor de sus armas, á mejorar la fortuna del país, fomentando las obras públicas, difundiendo la enseñanza y organizando cuanto pudiera desarrollar la agricultura, la industria y el comercio.

Desgraciadamente nosotros hemos desconocido y hasta desdeñado tales medios y nuestra proverbial indolencia heredada de los árabes; así como esa especie de fatalismo musulmán, en que todo lo dejamos confiado á la suerte y al *¡quién saber!* sin que esperemos nada del propio esfuerzo, han arraigado de tal modo en nosotros, que se necesita que todos coadyuvemos con ánimo decidido y labor perseverante á la colosal obra de nuestra regeneración. No se nos oculta que tal obra es muy difícil si al común esfuerzo no preside la buena fe. Porque se ha infiltrado de tal modo la influencia de la política en todas las clases sociales, que á ella, más que á otras causas, debemos nuestro atraso. ¡Cuántas fortunas improvisadas, merced á los manejos electorales á expensas de la fortuna pública ó privada! Rara es la ciudad, villa ó aldea en que no impere el caciquismo. Muchas carreteras y no pocos ferrocarriles se deben al influjo del cacique, del diputado, que sacrifica la utilidad común en aras de la particular, ejerciendo toda su influencia para que la vía pase por la intermediación de sus fincas ó de sus pueblos, y resultando de aquí que la riqueza pública no se desarrolla debidamente, pues la dirección de tales vías obedece al capricho y á la conveniencia particular y no á un plan sabiamente preconcebido de utilidad general. Lo que decimos de las vías es aplicable á otras obras públicas. Los expedientes, que á éstas se refieren, duermen el sueño eterno en los centros técnicos y adminis-

trativos, si no hay alguna persona de influencia que gestione su pronto despacho. Otras veces obras perentorias y de reconocida utilidad tropiezan con una serie interminable de trámites y de obstáculos capaces de desalentar el ánimo más esforzado. La prosperidad de una nación en semejantes condiciones es imposible.

LUIS TRUCHARTE Y VILLANUEVA.

(Continuará.)

RESEÑA HISTÓRICA DE LOS HECHOS DEL GRAN CAPITÁN

DON GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA

(Conclusión.)

APÉNDICE I

La serie de principios puestos en boca de Gonzalo por Salazar, son los siguientes:

«Lo que al enemigo aprovecha á vos os daña, y lo que á vos os daña al enemigo aprovecha.

Aquel que será más vigilante en la guerra á observar las astucias de su enemigo y sufrirá más el trabajo por ejercitar de su gente, en menores peligros incurrirá y más esperanza tendrá de la victoria.

No traigas jamás tus guerreros a dar la batalla, si primero no estás seguro de sus corazones y conocido que están sin temor y que están ordenados; ni los pruebes sino con quien veas que ellos esperen vencer.

Mejor es vencer al enemigo con la hambre que con el hierro. En la victoria del cual puede más la fortuna que el esfuerzo.

Ningún partido es mejor que el que está escondido al enemigo, hasta que vos lo hayáis conseguido.

Saber en la guerra tomar la ocasión, aprovecha más que ninguna otra cosa.

La natura engendra pocos hombres fuertes, la industria y el ejercicio hacen muchos.

La disciplina en la guerra puede más que el furor.

Cuando algunos se aparten de vuestros enemigos para venir á vuestros servicios, si son fieles, serán siempre gran ganancia, porque las fuerzas de los adversarios más se disminuyen con los que se huyen que con los que se matan, aunque el nombre de fugitivo es á los nuevos amigos sospechoso y á los viejos odioso.

Mejor es, en el ordenar de la batalla, reservar más ayuda tras la primera frente, que, por hacer recia la vanguardia, enflaquecer el resto.

Difícil es de vencer el capitán que sabe conocer sus fuerzas y la de sus enemigos.

Más vale la virtud de los guerreros que la muchedumbre de ellos.

Más aprovecha muchas veces el sitio que la virtud del esfuerzo.

Las cosas nuevas y repentinas espantan los ejercicios.

Las cosas usadas y espaciosas son poco estimadas de los contrarios, y por

esto haréis á vuestro ejército platicar y conocer á vuestros enemigos nuevos con pequeñas peleas, antes que vengáis con ellos á la batalla principal.

El capitán que sigue con desorden al enemigo después de roto, no busca sino tornar, de victorioso, vencido.

El capitán que confia más en los caballeros que en los infantes, ó en los infantes que en los caballeros, se concorde con el sitio.

Cuando el capitán quiere saber si algún espía es entrado en su ejército, mande ir cada uno á su alojamiento.

Mudad partido cuando conociéredes que vuestro enemigo está prevenido contra el que tenéis pensado.

Aconsejaos con muchos en las cosas que debéis hacer, y en las que después queréis hacer, conferid con pocos.

El bueno capitán no viene jamás á dar la batalla, si la necesidad no le premia ó la ocasión no le llama.

Haced que vuestro enemigo no sepa de qué manera ordenáis vuestro ejército para la batalla, y después, cuando le ordenéis, haced que el segundo batallón pueda recibir el primero y el tercero á entrambos.

En la batalla ó en la pelea no hagáis que una escuadra haga otra cosa de la que primero habéis ordenado, sino queréis hacer desorden, salvo un trance muy conocido, ventajoso, ó necesitado.

A los accidentes repentinos con dificultad se da remedio y á los pensados con facilidad.

Los hombres y el hierro y los dineros y el pan, son el nervio de la guerra; mas destos cuatro, son más necesarios los primeros, porque los hombres y el hierro hallan los dineros y el pan, y sólo los dineros y el pan no hallarían los hombres y el hierro.

El desarmado rico es premio del soldado pobre.

Aveza á los guerreros á despreciar el vivir delicado y el vestir lujoso.»

APÉNDICE II.

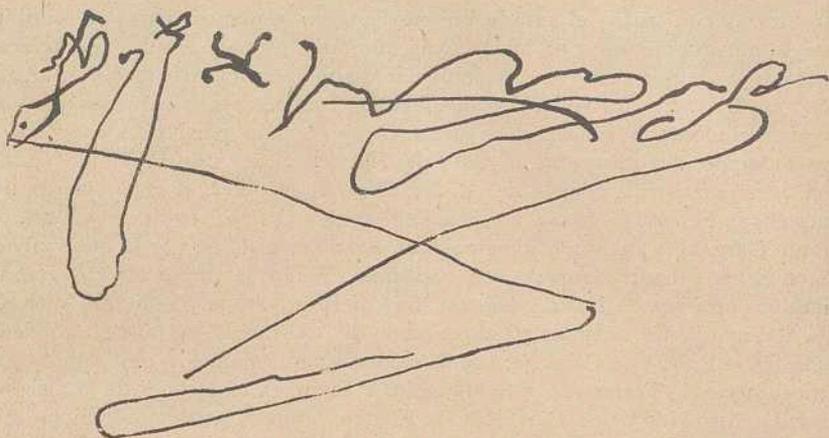
Instrumento público expedido por el Rey Católico en honor del Gran Capitán, testificado por el secretario Miguel de Almansa en la ciudad de Nápoles el año mil quinientos y siete:

Nos don Fernando, por la gracia de Dios Rey de Aragón y Sicilia, de aquende, de allende Faso de Hiermalen, de Valencia, de Mayorcas, de Cerdeña, de Córcega: conde de Barcelona: duque de Atenas y de Neopatia: conde de Ruisellón: marqués de Oristán y de Gociano, etc., etc. Como los años pasados vos, el ilustre don Gonzalo Hernández de Córdova, duque de Terranova, marqués de Santángelo y Vitonto, y mi condestable del reino de Nápoles, nuestro muy charo y muy amado primo, y uno del nuestro secreto consejo, siendo vencedor hiciste guerra muy bienaventuradamente y grandes cosas en ella contra los franceses y mayores que los hombres esperaban por la dureza della; y, ansimismo por nuestro consentimiento, como por apellidamiento de muchas naciones, justamente para siempre nombre de Gran Capitán alcanzaste donde por nuestro capitán general vos enviamos. Por ende pareciónos que era cosa justa y digna de Rey, para memoria perdurable de los venideros, dar testimonio de vuestras

virtudes, y con tantos el agradecimiento que vos tenemos, daros y escribiros esta, aunque confesamos de buena gana que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que parece cosa recia poderos dar digno galardón: de manera que aunque grandes mercedes vos hiciésemos, parecernos hía ser muy menos que vuestro merecimiento. Y acordándose otrosí, como enviado por Nos por socorro, en breve tiempo restituistes en el reino de Nápoles al rey don Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reino de Nápoles; el cual muerto, después el rey Federico, su tío y sucesor en el dicho reino, vos dió el señorío del monte Gárgano y de muchos lugares que están cerca de él; por lo cual volviendo en España honrradamente vos recibimos. Y acordándonos otrosí, como enviándoos otra vez en Italia, ganastes muy diestramente la Chafalonia que es la isla del mar Jonio ocupada mucho tiempo de los turcos, de la cual volviendo ganastes la Pulla y la Calabria: por lo cual vos confirmamos y retificamos y hemosos duque de Terranova y Santangelo. Y finalmente, después de la discordia nascida entre Nos y don Luis, Rey de Francia, sobre la partición de dicho reino de Nápoles, estovistes mucho tiempo con todo el ejército con mucho seso en Barleta, donde venciste las galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia y constancia hambre y pestilencia asaz: y de ahí tomaste á Rubo, do muy grande ejército de franceses estaba, dentro venti quatro horas. Y saliendo de la dicha Barleta distes batalla á vuestros enemigos los franceses, quasi en el mesmo lugar á donde venció Annibal á los romanos. Y de lo que es muy más de maravillar, que estando cercado, saliste á los que vos tenfan cercado. En la cual dicha batalla mataste al Capitan General, y fuiste en el alcance desbaratando y hiriendo los franceses hasta el Garellano, adonde los vencistes y despojastes de mucha y muy buena artillería, señas y banderas con aquel sufrimiento de Fabio, dictador romano, y con la destreza de Marcelo y la presteza de Cesar. Y acordándonos ansimesmo como tomastes la ciudad de Nápoles con increíble sabiduría y esfuerzo, y ganaste dos castillos muy fuertes hasta entonces invencibles y de que manera despues asentastes real en medio del invierno con grandes aguas cerca del río Garellano; y estando los enemigos con grande gente de la otra parte del río; los cuales pasados ya por un puente de madera que hicieron sobre barcas, contra vos y los vuestros, no solamente los retraxisteis, pero hecha por y por los vuestros otra puente, pasastes de la otra parte del río, y dándoles batalla los vencistes metiéndolos por fuera por las puertas de Gaeta; la cual dada que le fué á su Capitan para que se pudiese ir por la mar, luego se vos rindió Gaeta con su castillo.

Pues ¿qué se dirá de vuestras hazañas, sino que dellas perpetua memoria quedará, con la sagacidad y esfuerzo con ganastes á Ortia, tan fuerte, proveida de gentes y artillería, de que tanto daño los franceses á Roma hacía; Los cuales por vos hechados de Italia con los naturales della que los segufan, sometisteis el reino de Nápoles á nuestro señorío, donde mucho tiempo fuisteis vuestro visorey. Por ende acatando lo susodicho vos hacemos merced del estado y señorío de Sesa.

Dada en Nápoles á 25 Febrero 1507.



Esta cédula es la que se le dió á Gonzalo en unión de una moneda de bronce. (De la colección de Mr. Heis) (Barado).

APÉNDICE III.

Carta escrita por Gonzalo al rey Católico:

Que por esta letra de mi mano, y propia leal voluntad escrita, certifico y prometo á vuestra majestad que no tiene persona más suya ni cierta para vivir y morir en vuestra fe y servicio que yo, y aunque vuestra alteza se redujese á un solo caballo, y en el mayor extremo de contrariedad que la fortuna pudiese obrar, en mi mano estuviere la potestad y autoridad del mundo, con la libertad que pudiese desear, no he de reconocer ni tener en mis días otro rey y señor sino á vuestra Alteza, cuanto me querrá por su servicio y vasallo. En firmeza de lo cual por esta letra de mi mano escrita, lo juro á Dios como cristiano, y le hago pleito homenaje dello, como caballero, y lo firmo de mi nombre y sello, con el sello de mis armas, y le embio á vuestra majestad porque de mi tenga lo que hasta agora no ha tenido, aunque creo, que para vuestra Alteza, ni para más obligarme de lo que yo lo estoy por mi voluntad y duda no sea necesario.

Mas fuera se ha hallado de los excenados responderé, con parte de lo que debo y con ayuda de Dios mi persona será muy presto con vuestra Alteza, para satisfacer á mas quanto convenia á vuestro servicio. Nuestro señor, la Real persona y Estado de vuestra majestad con victoria prospere. De Nápoles á dos de Julio de MD.VI — De V. A. muy humilde siervo, que sus reales pies y manos besa. Gonzalo Hernández, duque de Terranova.

APÉNDICE IV.

Famosas cuentas del Gran Capitán:

2,736 Ducados y 9 rs. En frailes, monjas y pobres para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del Rey.

| | | |
|-------------|----------|---|
| 7,494 | Ducados. | En espías. |
| 100.000,000 | íd. | En picas, palas y azadones. |
| 100,000 | íd. | En pólvora y balas. |
| 10,000 | íd. | En guantes perfumados, para preservar á las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos tendidos en el campo de batalla. |
| 170,000 | íd. | En poner y renovar campanas destruídas con el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo. |
| 50,000 | íd. | En aguardiente para las tropas en días de combate. |
| 1.500,000 | íd. | En mantener prisioneros y heridos. |
| 1.000,000 | íd. | En misas y Tedeum al todopoderoso. |
| 3.000,000 | íd. | En sufragios para los muertos. |
| 7,494 | íd. | En espías y escuchas. |
| 100.000,000 | íd. | En escuchar ayer que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino. |

FEDERICO PITA Y ESPELOSÍN.

Teniente de Infantería.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

LAS MODERNAS BATERÍAS DE MONTAÑA (Consideraciones sobre el tiro rápido), por don Vicente Rodríguez Carril, capitán de Artillería.—Madrid, 1898.—Un folleto de 104 páginas, publicación del *Memorial de Artillería*.

Es tan oportuno, tan de utilidad práctica, tan de interés para las necesidades de la artillería nacional, el estudio del ilustrado capitán señor Rodríguez Carril, que nos parece que el solo título de esta memoria constituye ya un buen elogio de ella. El índice y último párrafo de la misma, que á continuación copiamos, darán á conocer al lector el modo cómo ha tratado la materia nuestro inteligente colaborador:

«ÍNDICE: I.—*Empleo del tiro rápido*: Estado actual del problema.—Ideales del tiro rápido.—El tiro rápido en las diferentes fases del combate.—Período de la corrección del tiro.—Fuego normal.—Ataques imprevistos.

II.—*La organización de las baterías*: Bastes.—Cargas.—Organización de la batería Plasencia y comparación con la batería Krupp.—Segundo escalón.—Municiones.

III.—*El servicio del cañón y la instrucción elemental*: Servicio en fuego.—Carga y descarga de cajas.—Servicio de municionamiento.—Carga y descarga del material.

IV.—*La corrección del tiro*: Importancia de las reglas de tiro.—Tiro de percusión con granada ó shrapnel.—Blanco fijo.—Blanco movable.—Correcciones mediante serie.—Tiro de tiempos.—Blanco fijo.—Procedimientos de corrección.—Blanco movable.

V.—*La táctica*: Carácter especial del servicio en campaña de las baterías de montaña.—Alteraciones que el nuevo material atrae sobre la táctica.—Avance á la posición.—Reconocimiento.—Servicio de municionar.—Entrada en batería.—De las escoltas.—Preparativos del fuego.—Período de la corrección del tiro.—Fuego normal.—Fuego rápido.»

«No terminaré esta sencilla Memoria sin llamar la atención de todos respecto al arduo problema que con el tiro rápido adquiere tan difícil solución, el del municionamiento de las baterías por los parques móviles; hoy más que nunca se debe pensar en que las baterías sin ellos son cuerpo sin alma, y que en toda organización de campaña es factor indispensable la constitución de columnas de municiones bien dotadas. Que la movilidad suma no exige el transporte á lomo, pues disminuiría en gran proporción la cantidad de municiones, aumentando sus cualidades negativas para campaña, no es dudoso, pero aun aceptando un carruaje ha de ser éste especial, muy ligero y á propósito para caminos estrechos y poco fáciles.

Complementando de esta manera la, por necesidad, exigua dotación de las baterías, pueden éstas sacar el mayor provecho del tiro rápido empleándolo sin temor de quedar desarmadas para mucho tiempo, y logrando con él un éxito decisivo y pronto, condición cada día más apreciable, puesto que en las campañas modernas se las exige como cualidad meritísima la rapidez.

El tiro rápido es algo más que un factor técnico de estimable utilidad; es una forma táctica que marcará una época en la historia del arte de la guerra.»

Nuestros lectores conocen el riguroso método con que el señor Rodríguez Carril procede á redactar todas sus producciones, y éste es el que brilla en el trabajo á que nos referimos, cuyo valor no encomiaremos bastante, pues estos estudios sobre puntos concretos, son los que más contribuyen al progreso general de la profesión militar.

LECCIONES DE ARTILLERÍA, *explicadas en la Escuela Superior de Guerra* por el coronel graduado, teniente coronel de ingenieros don Joaquín de la Llave y García. Profesor que fué también en la Academia de Ingenieros desde 1877 á 1886.—*Tercera edición*. Madrid, 1898 y 1899.

No hemos de hacer una reseña bibliográfica de este libro, de que dimos conocimiento al lector en el tomo de la *Revista* correspondiente al año 1897. Bastará pues, indicar que en esta *Tercera edición* la obra consta de tres volúmenes, comprendiendo los tomos I y II (358 y 357 páginas) las *Nociones fundamentales de Artillería*, y el III (390 páginas) la descripción del *Material de Artillería de las principales potencias militares*.

La obra, esmeradamente impresa, contiene, en la presente edición, numerosas y bien hechas figuras intercaladas en el texto, en vez de tenerlas en atlas aparte, como sucedía en la primera edición. Está, además, *puesta al día*, cosa no fácil de conseguir hoy, en libros de esta clase. Por lo demás, el hecho de haber alcanzado la tercera edición es el mejor elogio que puede hacerse de estas *Lecciones de Artillería*.

M. R. B.